

yecto de recuperación propia, el trabajo teatral, necesidad de la metafísica, la afirmación de Artaud; ¿posteridad de Artaud?; bibliografía crítica. El intento consiste, pues, en explorar —no en definir— toda la "aventura" del hombre y artista Antonin Artaud, expresada, al mismo nivel, y sin la dicotomía contra la que se rebela —y en esta rebelión está una de las claves de su personalidad—, en sus textos y en su vida, en sus cartas y en sus puestas en escena, en sus dibujos, en sus viajes y en su muerte. Durozoi testimonia, en fin, sobre la más seria de las contestaciones globales —la lengua, las ideologías, los múltiples dualismos, etcétera— hechas a la civilización occidental, a través de una serie de confrontaciones que no es posible resumir aquí.

Acaso la interrogación última que deja la valiosa reflexión sobre la obra de Artaud propuesta por el libro, sea la del posible sentido —tomado el término en su más amplio y menos cartesiano alcance— del rechazo radical de una civilización donde se vive y de la que se vive. No es extraño, en este orden, que muchos "artaudianos" se hayan quedado sólo con tal o cual aspecto de la aventura de Artaud, como puentes posibles entre la civilización contestada y la civilización "hacia" la que se tiende. Quizá, a fin de cuentas, porque los procesos de la Historia son mucho más lentos y comportan el arrastre de innumerables factores que un hombre sólo puede remodelar, a riesgo de mezclar la mística con la lucidez, para acabar loco o suicida. Aun así, la cuestión estaría en no traicionar la "aventura" artaudiana incorporándola a "pedazos" recuperables en la civilización occidental, sino en ver en tales "pedazos" los límites de una acción interesada por el todo, pero dispuesta a no ser encerrada en la cárcel de los "artistas marginales y malditos" o los manicomios reales de la cultura dominante.

■ JOSE MONLEON.

El marxismo, a examen

Por múltiples y variados motivos, el marxismo está alejado de ser un conjunto teórico asequible al entendimiento de la mayoría de los mortales. El que esté basado en la realidad de los hechos sociales, el que sea la doctrina aceptada oficialmente

por países que cubren casi los dos tercios de la superficie terrestre, y el que tenga pretensiones de aplicación al análisis y a la práctica de las relaciones sociales y económicas predominantes en el momento presente en la Humanidad, ha ocasionado el que numerosas veces se trivializara lo que de hecho es una compleja doctrina que, en modo alguno, queda reducida a los campos económico, filosófico o histórico, sino que se extiende a todas las ramas del conocimiento científico, al menos en su versión interpretativa y en la búsqueda de conexiones con otros hechos que el marxismo considera como fundamentales.

Por otro lado, también ha resultado importante hacer asequible al pueblo unas teorías cuyos resultados y consecuencias le iban dirigidas. Todo ello ha ocasionado que se vulgarizara y esquematizara, a veces en exceso, el cuerpo teórico constituido por la doctrina que en su día iniciara el prodigioso genio de Carlos Marx, recogiendo una buena

parte del pensamiento científico de su época, y que posteriormente se ha visto incrementada, tanto cuantitativa como cualitativamente, por una legión de pensadores y por todos aquellos cuya intención no sólo era la de interpretar el mundo, sino la de cambiarlo.

Todo ello hace que la empresa de tratar el marxismo esté muy alejada de ser algo fácil y si muy susceptible de caer en los errores y en los fallos antes señalados. Todavía es aún más difícil el recoger en un centenar escaso de páginas un tema tan resbaladizo como el de los criterios de la transición y sobre algo tan fundamental para el marxismo como las relaciones de producción (1).

Un proyecto con estas pretensiones no es que esté abocado al fracaso, ya que el trabajo de Domingo Irala no carece en modo alguno del mérito de haberse

(1) Domingo Irala. *Las relaciones de producción socialistas: Criterios de la transición*. Fernando Torres Editor. Valencia, 1975. 99 páginas.

adentrado en uno de los más básicos e interesantes temas del marxismo en la hora actual, sino que además también cubre algunas de las intenciones implícitas en su trabajo, y no deja de ser una encomiable aportación al análisis crítico de esta temática tan insuficientemente tratada en España. No obstante, al trabajo no le falta un buen número de peros, y uno de los más importantes es que la obra al lector le presenta más dudas que aclaraciones, y buena prueba de ello es el hecho de que en ochenta y tres páginas de texto se acumulan ciento treinta y ocho notas de pie de página, de las que más de la mitad son notas explicativas, o que el libro finalice con doce interrogantes que, aunque su intención sea la de ofrecer una serie de puntos de crítica de la teoría marxista actual y la de crear una inquietud en el lector, frustran también las esperanzas con que se comienza a leerlo, y, por supuesto, el lector seguirá sin distinguir entre las desviaciones y la vía justa, aunque posiblemente sí habrá descubierto unas cuantas cosas en cuanto a la problemática del socialismo.

■ J. M. A.

Las soledades de Ladrón de Guevara

Si alguien pasa por Granada y se interesa por lo de siempre, es decir, la represión, García Lorca, Vizar, la cultura amordazada, seguro que por alguno de los caminos que conducen hasta "El elefante", en Puerta Real, Pepe García Ladrón de Guevara hará un alto en su soledad para darle un par de explicaciones y volverle a llenar su vaso de vino. Además de introductor de embajadores de la cara oculta de esta ciudad, Ladrón de Guevara, como otros escritores, se pasea por Granada como un símbolo de la generación poslorquiana que durante años ha escrito sus poemas entre la oscuridad, el miedo y la esperanza. Los poetas de ese tiempo, la generación maldita de los años triunfantes, ni podían publicar, ni se les permitía recitar, ni dedicar un par de versos a Federico. Sus biografías de poetas casi clandestinos están llenas de páginas negras y de días festivos, cuando el poeta no tenía más opción que echar versos por los pueblos a gentes que no entendían los "juegos flora-



Monumento a Marx en el cementerio londinense donde yacen sus restos.

les". El Ladrón de Guevara profundo y picaresco, filósofo ambulante, el crítico de la burguesía granadina de chocolate y churros con pajarita, de Festivales de Música y Danza, ha publicado su "Solo de hombre" (1), un libro de poemas que es el resultado de una vida de soledad:

*"Quedarse solo es algo que duele muy lejano.
Quedarse solo es mucho dolor para una espalda.
Quedarse solo pudre la osamenta del mármol".*

Pepe G. Ladrón de Guevara nos ofrece la confesión de un tiempo de soledad, cuando el hombre que ríe en los bares, llora en solitario por la muerte de un niño en cualquier rincón oprimido del mundo; las noches en compañía de una emisora extranjera, el amor fugaz, el libro que llega de París, el "poster" que provoca la carcajada, la angustia de pensar a diario en la muerte, en el anonimato de la vida, en la miseria de los hombres que se cruzan por el camino. El poeta que ha dedicado tantos versos a lamentar la situación de los hombres del Sur, nos trae en esta obra el aliento de su propia angustia, la tormenta interior del que piensa "cuánto cuesta vivir para la muerte". ■ A. R. E.

(1) "Solo de hombre", José García Ladrón de Guevara. Ed. Universidad de Granada. Colección Zumaya.



José G. Ladrón de Guevara.



Paul Morand.

Paul Morand: adiós a una época

Ya se había ido su época: ahora se va el cronista. Paul Morand, muerto a los ochenta y ocho años de edad, había relatado "La Europa galante" —título de uno de sus más famosos libros— en una época en la que los grandes símbolos eran el coche-cama donde toda aventura tenía su asiento, favorito de otros escritores de la línea: Mauricio Dekobra —más social, más interesado por el fondo humano de la aventura—, o el italiano Guido da Verona —más lírico, más olvidado—, o el inglés Cecil Roberts —soñador también de "sleeping-car" "Estación Victoria"—, o de grandes hoteles, como Vicki Baum, alemana. Quizá con diferentes edades, formaban una generación: el viaje, el sexo, un suave aroma de droga —que todavía era elegante, con la elegancia de la decadencia—, un poco de alcohol. Y la noche, abierta o cerrada, para todos

—los grandes— o para muy pocos —los exquisitos de entre los grandes—: "Ouvert la nuit", "Fermé la nuit", fueron dos grandes éxitos de Paul Morand.

Que era, naturalmente, diplomático. Incluso embajador. Que no tuvo inconveniente en serlo del mariscal Pétain, de Vichy. Ciertamente que no podía ser germanófilo, ni nazi, ni fascista, pero no tanto por ideología política como porque aquello no tenía elegancia. Como no podía tenerlo el comunismo. Paul Morand, más que un colaboracionista fue un frívolo. Y pasó su purgatorio. Duró mucho tiempo. Le mantuvo un exilio español, del que salió una mala novela —"Los flageladores de Sevilla"— y luego un cierto aislamiento en su patria. Le costó dificultades con la Academia Francesa. No era sólo exiliado o aislado por una política: lo fue porque su época, la de entre dos guerras, había terminado. Quizá no existió nunca: quizá fue sólo la espuma, la nata de un mundo surcado por enormes problemas sociales, amenazado ya por el nazismo y por el stalinismo, que este escritor no quiso nunca ver. Pero esa espuma, esa

nata, no tuvo mejor cronista en el mundo.

Ni mejor estilista. Algunos de los mejores estilistas franceses han surgido de la frivolidad. Colette fue uno de esos estilistas, y también era un mundo superficial el que relataba. Puede haber, sin duda la hay, una relación entre el estilo y aquello que se relata. Colette y Paul Morand fueron cronistas de una elegancia: la tuvieron ellos mismos. Con la diferencia de que los personajes de Colette sufrían —como sufrió ella misma en la vida— y los de Paul Morand no se dieron permiso para algo tan vulgar. Y Paul Morand no sufrió nunca. Tal vez en esos últimos años de su vida; pero ya no salió nada importante de su vida.

Un escritor menor no siempre es un escritor menor. Este es el caso de Paul Morand. Contó la zona de su tiempo que conoció mejor, y la contó en un idioma digno de servir para el aprendizaje. Su paso por el mundo de la literatura no ha sido enteramente inútil. ■

Ideología positivista y sociedad burguesa

El mundo capitalista de la segunda mitad del siglo XIX, conoció importantes cambios en su modo de producción. El optimismo y alegre *laissez-faire* terminaba sustituido por un activo y enérgico intervencionismo estatal que tendía a conseguir el dominio de los mercados nacionales e internacionales, mediante el control de precios y producción y gracias al envío de ejércitos a las nuevas colonias. Hasta entonces, la revolución industrial, amparada por la construcción de ferrocarriles y los préstamos a países desarrollados, había permitido un incesante acúmulo de capital. El industrial y el financiero podían creer, siguiendo a J. B. Say, que la oferta crearía ineludiblemente la demanda y que la explotación de la clase trabajadora podría continuar suave y creciente. Pero a fin de siglo, especialmente tras la crisis de 1873, a pesar de las advertencias anteriores de J. S. Mill y C. Marx, la burguesía ve con miedo hundirse sus beneficios y al proletariado unirse amenazadoramente. Como clase,